

# *El trabajo de campo en “el campo”: Antropología y nuevas ruralidades*

*BARRI, Juan Manuel / Ciffyh FFyH-UNC - jmanuelbarri@gmail.com*

*FREYRE, María Laura / Ciffyh FFyH-UNC – laufreyre@gmail.com*

---

**Grupo de Trabajo 12: Antropología y Ruralidades: Aproximaciones epistemológicas**

---

» *Palabras clave: Antropología- Ruralidad - Dialéctica de la Recurrencia*

## › **Resumen**

La presente ponencia tiene como objeto reflexionar sobre los aportes del trabajo etnográfico a la caracterización de los procesos sociales y las prácticas culturales en los contextos rurales, particularmente en lo que refiere a las nuevas ruralidades que aparecen como resultado de las transformaciones de la estructura agraria y del proceso de generalización de las relaciones capitalistas en el medio rural.

Lo que nos interesa es adentrarnos en el debate epistemológico sobre la caracterización de los fenómenos socio- antropológicos rurales e identificar algunos desafíos metodológicos, a partir de la presentación de algunos ejes analíticos y de recuperar propias experiencias de investigación vinculadas al estudio y comprensión de la cuestión campesina en regiones otrora periféricas y dependientes.

Para introducirnos en la tarea arriba señalada utilizaremos la categoría de dialéctica de la recurrencia, a partir de la cual abordaremos el problema del cambio y la permanencia de las prácticas culturales; también recuperaremos los aportes de R. Williams vinculados con la temática de lo dominante, lo residual y lo emergente, para abordar el problema de la caracterización de las “nuevas ruralidades”.

## › **Introducción**

La presente ponencia tiene como objeto delimitar el horizonte epistémico y metodológico de la Etnografía para la comprensión y explicación de los fenómenos antropológicos en los contextos rurales. En cierta medida se trata de formular la pregunta acerca de qué concepción de etnografía nos permitirá alcanzar un conocimiento más acabado de la diversidad propia de los contextos rurales. De igual manera, la definición

socio-territorial contenida en el concepto de espacio rural también debe ser puesta en discusión para interpretar y explicitar de la mejor manera posible la contribución de la etnografía a su caracterización y descripción.

De lo que se trata es, entonces, de reconocer que la intervención activa del antropólogo y el investigador en la descripción y explicación de las relaciones y procesos de los contextos rurales a partir del uso del “instrumental” etnográfico, necesita ser problematizada a la luz de los recorridos teóricos y de investigación de aquellos autores que fueron señalando los contornos disciplinares del trabajo de campo prolongado y reflexivo. Y al mismo tiempo, es necesario reconocer que existen un conjunto de investigaciones sobre la cuestión agraria que han avanzado sistemáticamente en la caracterización de las dinámicas propias de los procesos sociales en el mundo rural, sin los cuales el conocimiento socio antropológico agrario resultaría seriamente diezmado.

### › ***Etnografía en contextos relacionales***

No forma parte de nuestra tarea hacer una reconstrucción exhaustiva de los procesos históricos y metodológicos que fueron constituyendo a la Etnografía en el recurso metodológico fundamental del trabajo de campo en la Antropología Sociocultural. Esa labor, que centra su atención en la reconstrucción histórico disciplinar de las condiciones que dieron lugar a la emergencia de la Etnografía como herramienta propia del trabajo de campo antropológico, así como en la explicitación de las condiciones políticas, sociales y culturales en las que se daba su uso, ha sido llevada adelante por diversos autores, de los que destacaremos aquí a Rossana Guber (1981 y 2001). La tarea que nos compete es la de ir construyendo, en base a la contribución de diversos autores del campo de la Antropología y otros provenientes de la Sociología, una definición precisa, aunque no por ello menos flexible, de qué entendemos por Etnografía y a qué referimos cuando hablamos del trabajo de campo; esta definición debe servir para tomar posición en relación al potencial del campo disciplinar en el que nos encontramos insertos. Para ello tomaremos aquí fundamentalmente los aportes de Justa Ezpeleta y Elsie Rockwell (1983), Elsie Rockwell (1986a y 1986b), Paul Willis (1988), Rosana Guber (1991), Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (1992), Pierre Bourdieu (1999), P. Bourdieu, J. Chamboredon y J. Passeron (2008) y Eduardo Menéndez (2010).

Partimos de la idea planteada por Rockwell (1986a) y Guber (1991) de que toda descripción etnográfica lleva implícita conceptualizaciones, siendo el proceso de reflexión teórica la mejor manera de explicitar los conceptos y los sistemas de relaciones que se van poniendo en juego en el proceso de construcción de conocimiento. Sostener que describir

es una forma de interpretar supone considerar que la teoría cumple un papel fundamental en la planificación provisoria y el diseño del trabajo de campo, y también en la interpretación de la información que vamos recopilando a partir del mismo. Esto significa que la conceptualización es anterior lógicamente a la observación, pero de ninguna manera implica defender que la formalización metodológica defina a priori cronológicamente el universo de lo observable. A la falsa dicotomía empirismo-racionalismo se trata de oponer una propuesta dialéctica y relacional de la etnografía en el proceso de construcción del conocimiento antropológico. Una antropología histórica y dialéctica (Patterson, 2014) es necesariamente una antropología relacional.

Plantear una concepción dialéctica implica reconocer que los sistemas de referencia conceptual sirven como instrumentos a partir de los cuales se asume el proceso de construcción del objeto; pero es sólo mediante la interacción con los contextos locales y los agentes que en ellos se inscriben que las categorías y los sistemas teóricos serán puestos a prueba para demostrar su alcance y fertilidad. Más aún, si como señalan Rockwell (1986a) y Guber (1991) la tarea del etnógrafo se constituye a partir de documentar lo no documentado, aludiendo a una dimensión de los fenómenos socio antropológicos que no es relevada por otras disciplinas de las ciencias sociales. Este elemento original instituyente del registro de lo que aparece como ausente, y que Ezpeleta y Rockwell (1983) y Rockwell (1986b) entienden como la dimensión cotidiana de la historia no narrada de las clases dominadas, forma parte también de un proceso de construcción del objeto en el que se pueden incorporar otras técnicas de investigación que permitirán acercarnos de manera más exhaustiva a delimitar las condiciones del espacio relacional, en el que los procesos estudiados se vuelven inteligibles.

Los dilemas teórico-epistemológicos que se suscitan en torno al registro etnográfico y a la prioridad gnoseológica fundamental que tiene recuperar la manera en que los agentes interpretan el mundo, encuentran respuestas teóricas y operativas concretas cuando, como señala Rockwell (1986a), no le exigimos al trabajo de campo que nos permita garantizar la objetividad sino asegurar la objetivación. Esto implica reconocer el proceso de construcción del objeto como tal, esto es, como la tarea activa del investigador en terreno, explicitando la función estructurante de los marcos teóricos, y advirtiendo la dialéctica reflexiva del proceso que conlleva construir una interpretación técnica que utiliza como insumo fundamental los sentidos y prácticas que los agentes despliegan en su vida cotidiana. Rockwell (1986a) y Guber (1991) señalan que el método adquiere la forma de un conjunto de procedimientos que orientan la práctica de investigación, que incluye una dimensión reflexiva en el proceso de investigación, en un sentido similar al que planteaban en la década del '70 Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2008) y que encontraba en la de vigilancia epistemológica un insumo fundamental.

El trabajo analítico que guía la aplicación de los procedimientos cualitativos, que de ninguna manera implica someter el proceso de construcción del conocimiento a la esclavitud metodológica hacia modelos teóricos formalizados, debe permitir al etnógrafo reconocer en un primer momento las relaciones sociales particulares que definen las formas materiales y simbólicas propias del contexto estudiado, en una integración de teoría y descripción (Rockwell, 1986a y Menéndez 2010). En este sentido, el describir y explicar se aleja de las lecturas hermenéuticas que dan prioridad exclusiva y excluyente a la dimensión simbólica de la realidad, y que encuentran en la interpretación de estos múltiples sistemas simbólicos locales los referentes empíricos que funcionan como su fundamento último. Evitar la tentación populista que critican Rockwell (1986a) y Grignon y Passeron (1992) no debe llevarnos a desplazar a la dimensión simbólica y cultural de las estructuras de relaciones sociales sino, por el contrario, ubicar estas subjetividades, sistemas de referencias simbólicas y prácticas culturales en estructuras relacionales que no giran en un vacío histórico material.

Desde esta óptica epistémica y metodológica, dialéctica y relacional, que polemiza con las visiones idealistas y subjetivistas de la dimensión cultural, consideramos oportuna la tesis de Willis (1988: 12) que indica que los fenómenos culturales, en particular el autor refiere a la cultura obrera, no puede ser analizada como si se tratase de una categoría mental. Ésta cultura de clase comprende experiencias y un conjunto de tipos sistemáticos de relaciones que no sólo establecen un conjunto de opciones y decisiones concretas en situaciones concretas, sino que también estructuran de manera real la forma en que se realizan y definen ese universo de posibilidades. Este concepto de experiencias de clase en el marco de un conjunto de relaciones histórica y socialmente determinadas al que refiere Willis está en sintonía con una idea planteada por José Nun (1986) cuando señala que la experiencia de realidad nunca es un incidente aislado, que las interpretaciones del “sentido común” siempre poseen algún grado de estructuración, que varía con los contextos y que permite organizar y facilitar la vida cotidiana de los actores. Esta idea que hay una dimensión de los fenómenos socio-culturales que está expresada en la acción práctica, resulta metodológicamente muy significativa para quien asume una posición crítica de las variantes fenomenológicas de la caracterización del recurso etnográfico.

Esta problematización que otorga un lugar central en la explicación de los fenómenos socio antropológico a las experiencias de los agentes, encuentra en la perspectiva de Pierre Bourdieu (1972 y 1991) un conjunto de elementos teóricos metodológicos que le dan mayor consistencia a la propuesta. En particular nos referimos aquí al concepto de habitus, que al ser una categoría relacional permite inscribir las representaciones de los agentes en el espacio social pluridimensional, al tiempo que da cuenta de cómo las trayectorias de los agentes van instituyendo un conjunto de

disposiciones a actuar. Habitus al que define como un sistema de disposiciones durables y transferibles, aquellas estructuras estructuradas que tienden a funcionar como estructuras estructurantes, formado por todas las experiencias pasadas y que a su vez funciona como matriz estructurante de las percepciones, apreciaciones y acciones que los agentes llevan adelante (Bourdieu 1972). Algunos investigadores del campo de los estudios socio antropológicos agrarios, como Manildo (2013), han encontrado oportuno trazar un paralelo entre este concepto y el que construye Williams (2009) al referirse a las estructuras del sentir. Si bien existen notorias diferencias conceptuales entre ambas tradiciones teóricas resulta un camino metodológico interesante para recorrer el que plantea Manildo.

Como señala Guber (1991: 36-37), la prioridad epistémica la tiene para el etnógrafo la diversidad propia del mundo social y la singularidad socio-cultural de los diversos grupos humanos; la estancia prolongada propia del proceso de investigación encuentra su llave de acceso a la dimensión subjetiva y simbólica cuando reconstruye la perspectiva propia de los agentes nativos, poniendo en aplicación procedimientos cualitativos que permiten reconocer las manifestaciones culturales de los agentes, sin reemplazarlas por esquematismos etnocentristas. Se trata de construir referentes teóricos metodológicos que no sacrifiquen la alteridad en nombre de la sistematicidad y, a la inversa, que no impongan como imperativo metodológico la singularidad simbólica de lo local en detrimento de los análisis relacionales que puedan dar cuenta de las diversas formas –materiales y simbólicas- en la que se desarrolla la vida social. La perspectiva del agente puede visualizarse como tal en tanto y en cuanto, como señala Guber (1991: 41-42), no se la subsume específicamente al plano simbólico sino que toma su significado de la totalidad, entendida como parte de las relaciones sociales. Hay que vincular el universo de los significantes que se reconstruyen atendiendo a la perspectiva de los agentes con las condiciones socioculturales históricamente situadas en las que se inscriben.

### › ***La antropología y la cuestión agraria***

En el caso de esta disciplina, los contextos locales son los contextos rurales. De allí que la estancia prolongada en terreno -el trabajo de campo a partir de cual se utilizan herramientas como la entrevista no dirigida, la observación en territorio, etc.- se realice en el “campo”. Por ello es importante definir la naturaleza de aquello que denominamos contextos rurales, donde producen y se reproducen socialmente las poblaciones nativas. Lo primero que corresponde señalar es que lo rural aparece como una categoría relativa que se utiliza para distinguir un conjunto de relaciones sociales diferentes a las que se dan en el

medio urbano. Y en este sentido no alcanza con una mera distinción espacial o demográfica, sino que es necesario preguntarse por qué lo rural resulta particularmente diferente de lo urbano.

En el camino a esbozar una respuesta se puede decir que históricamente la ciencia de los otros desarrolló su trabajo de campo con poblaciones que no pertenecían a las potencias colonialistas, al menos durante el largo período de constitución disciplinar. No sería dificultoso demostrar que los trabajos de campo que dieron origen a la etnografía como metodología se realizaron en contextos rurales, diversos a los de las urbanizaciones de los países industrializados o en vías de industrialización. Y allí se abre la primera vía de respuesta, asociada al hecho de que la concentración demográfica y funcional de la población es una característica que se acentúa a partir del desarrollo de las fuerzas productivas y la emergencia de las relaciones de producción que le corresponden, propias de esa estructura relacional asimétrica que es el modo de producción capitalista. Y una de las características centrales del capitalismo como forma de organización social de la producción es su tendencia expansiva, tanto en extensión como en profundidad (Iñigo Carrera, 1991).

Habiendo definido una concepción de la Etnografía que entiende que los procesos socio culturales no giran en un vacío material, la consecuencia metodológica de esta primera caracterización es reconocer la necesidad de visualizar en cada contexto local la forma en que el capital, como relación social de producción, se presenta en ese territorio, con sus lógicas culturales y materiales diferenciales y las compele, las subsume, las transforma o las desplaza. De tal manera resulta imprescindible, entonces, acercarnos a alguna caracterización de esta forma en la que la diversidad -propia de las poblaciones asentadas en el medio rural- se encuentra históricamente bajo formas sociales que la ubican en una relación asimétrica. Y siendo una característica central de la expansión imperialista la compulsión emparejadora del capital (Bartra, 2006), resulta imprescindible abordar la llamada cuestión agraria. Uno de los primeros antecedentes que podemos reconocer y que se constituiría en un trabajo clásicos sobre esta cuestión es el de Karl Kautsky, cuya riqueza radica en que señala a partir de un análisis crítico de diversas fuentes documentales acerca de las condiciones de vida del campesinado alemán y europeo, cómo el desarrollo de la producción capitalista en las ciudades pudo trastocar el modo de vida rural incluso antes de que el capital interviniese directamente en la producción agrícola, a partir de una complementación entre las pequeñas y grandes explotaciones rurales (Kautsky, 2001).

A partir de un análisis que pone el foco en las relaciones sociales y no en esencias estáticas, Kautsky pudo reconocer el dinamismo en las condiciones de vida del campesinado en el mundo rural. Es así como la historicidad resulta una dimensión

fundamental para reconstruir analíticamente las relaciones sociales objeto de estudio. Así, las unidades domésticas campesinas pasan de ser explotaciones casi autosuficientes con escasa participación de los mercados, a producir en mayor proporción mercancías de origen agrícola que intercambiarán en el mercado, a cambio de dinero para proveerse de mercancías de origen industrial, para luego principalmente participar del mercado como vendedoras de su fuerza de trabajo a cambio de un salario y compradores de medios de subsistencia, incluso sin desprenderse de la propiedad privada de sus parcelas de tierra que se irán haciendo cada vez más pequeñas dada la escasez de tiempo para cultivarlas y frente a la presión del crecimiento poblacional y migratorio.

Una de las tesis más significativas del planteo de Kautsky es la que señala que la coexistencia de la pequeña propiedad junto con las grandes haciendas y la industrialización de la producción agrícola, dará como resultado la proletarización de los campesinos producto de la desaparición de la industria doméstica rural en manos de la competencia de los productos industriales y al fraccionamiento de las parcelas. Esta conclusión resulta uno de los aportes más interesantes de este trabajo, pues logra reconocer a través de qué mecanismos en la producción agrícola, la tendencia a la concentración de la propiedad de la tierra no conduce necesariamente a la eliminación de la pequeña propiedad campesina. Esto es posible debido a que los pequeños propietarios subsisten como vendedores de fuerza de trabajo que emplean las parcelas de tierra no como fuente de producción para el mercado, sino como espacio para la reproducción familiar. “Esto los emancipa hasta cierto punto del comerciante de medios de subsistencia, pero no de la explotación del empresario capitalista sea industrial o agrario” (2001: 210).

Más explícita que implícitamente vemos que opera aquí la mediación de un marco teórico que dispone de un conjunto de categorías para describir el contexto relacional. Pero esta mediación que llama a atender las formas en que los hombres producen y reproducen su vida material, no nos obliga a desviar la atención sobre aquello que interesa al etnógrafo: rescatar la diversidad y prestar especial atención a la perspectiva de los agentes. Y en términos históricos y antropológicos el lugar de la diversidad en la coyuntura expansiva del capital y sus formas culturales, políticas e institucionales lo ocupan las poblaciones campesinas, categoría que nos sirve para visualizar los procesos de producción y reproducción de la vida material y la diversidad cultural de las poblaciones nativas no capitalistas. La cuestión agraria para el etnógrafo fue durante mucho tiempo el contexto en el que se abordó la cuestión campesina, sin que ello haya implicado el olvido o la negación de la multiplicidad de identidades culturales que caen bajo esta categoría que describe a las poblaciones a partir de sus prácticas culturales en la agricultura. En este sentido, los antecedentes ineludibles de Kautsky y Chayanov reconocen como una particularidad del mundo agrícola rural en oposición al urbano industrial, el hecho de que la explotación de la

unidad económica resulta inseparable de las necesidades de reproducción de la unidad doméstica familiar. De este modo, el sujeto social campesino, experimenta de un modo especial la relación y apropiación con el recurso tierra. Es ante todo un trabajador y por lo tanto produce y reproduce su vida material a partir de los frutos de su fuerza de trabajo por lo que este modo de vida presenta una racionalidad específica y diferente al cálculo del terrateniente o del empresario capitalista que se orienta al beneficio o la renta del suelo.

Según el antropólogo argentino Eduardo Archetti, uno de los primeros antropólogos que se dedicó exhaustivamente a explicar la diversidad socio cultural a partir de esta categoría de campesinos fue Erik Wolf (1971 y 1999), de quien tomamos dos referencias muy importantes en términos metodológicos. La primera señala que aun cuando se trabaja sobre poblaciones que reflejan una diversidad socio cultural que la ideología dominante busca negar, se debe evitar el prejuicio conservador de la cristalización cultural. Es decir, es necesario reconocer que tanto lo que permanece como lo que cambia debe ser explicado. Segundo, estudiar a las poblaciones campesinas, aun cuando encontremos elementos recurrentes en sus formas de organización social, productiva y familiar, no debe impedirnos reconocer que estas estructuras de relaciones locales se insertan en contextos materiales y culturales más amplios y complejos.

En línea con estas premisas Karl Kautsky(2001), frente al debate sobre las posibilidades de supervivencia de la pequeña explotación agrícola campesina nos advertía acerca de la importancia de no perder el eje relacional en el análisis y vincular los procesos estudiados en terreno con los mecanismos de producción y reproducción social. De este modo, para comprender las transformaciones y permanencias del mundo rural “hay que ampliar el estudio de las transformaciones de la agricultura dentro del régimen de producción capitalista, averiguar cómo el capital se apodera de la agricultura, la transforma, destruye las viejas formas de producción y de propiedad y crea la necesidad de nuevas formas” (2001:6).

Esta mirada antropológica sobre lo rural, que reconociendo la importancia de las condiciones materiales de existencia no elimina el estudio de la diversidad social y cultural de estas poblaciones, y menos aún la necesidad de estudiarlas a partir de reconocerlas en sistemas de relaciones sociales de mayor alcance, nos permite incorporar en la propuesta a un conjunto significativo de antropólogos que asumieron la tarea de pensar la diversidad ante la amenaza de las tendencias homogeneizantes del capital. Entre estos se destaca el antropólogo francés Claude Meillassoux (1999), quien tomando insumos de la crítica de la economía política se dedicó a estudiar la forma en que el colonialismo Europeo sometía a las poblaciones africanas a un proceso de super-explotación, basado en las lógicas económicas diferenciales del contexto Europeo y de las comunidades domésticas africanas; llevó adelante esta tarea sin desconocer el lugar que tenían los patrones culturales

hegemónicos y la ideología racista en la reproducción de esta relación de explotación.

Tanto estos trabajos clásicos, como los estudios actuales que desde la antropología se dedican a documentar lo no documentado en el contexto actual de profundización del capitalismo agrario y la tendencia a la paulatina desaparición de lo rural como espacio en el que se desarrollan relaciones sociales diferenciales, al menos en el contexto argentino, encuentran en el trabajo de campo prolongado un insumo sin el cual los procesos de descripción e interpretación no serían más que formalismos conceptuales vacíos, y se perderían de vista las formas diferenciales en las que las poblaciones nativas viven, interpretan y sufren estos procesos que amenazan sus posibilidades de reproducción y sus identidades colectivas. Al mismo tiempo, recuperar esta perspectiva relacional nos permite integrar la discusión sobre la diversidad cultural con la problemática de la subalternidad, y los procesos concretos de resistencia.

Es en esta línea que asumimos el desafío de aportar a que los alumnos del segundo año de la carrera encuentren herramientas a partir de las cuales puedan reflexionar tanto sobre el proceso etnográfico, como sobre su aporte a la explicación y comprensión de los fenómenos antropológicos específicos de los contextos rurales.

## › **Referencias bibliográficas**

### **Libros**

BOURDIEU, Pierre. 1972. *Esquisses d'une théorie de la pratique*. Paris: Droz. Genève.

BOURDIEU, Pierre. 1991. *El Sentido Práctico*. Madrid: Taurus.

BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J. C., y PASSERON, J.C. 2008. *El Oficio de Sociólogo*. México: Siglo Veintiuno Editores.

BARTRA, Armando. 2006. *El capital en su laberinto: de la renta de la tierra a la renta de la vida*. Méjico: ITACA.

GRIGNON, Claude y PASSERON, Jean Claude. 1992. *Lo culto y lo popular*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

GUBER, Rosana. 1991. *El Salvaje Metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.

GUBER, Rosana. 2011. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

KAUTSKY, Karl. 2002. *La cuestión agraria*. México: Siglo Veintiuno Editores.

MANILDO, Luciana. 2013. *La identidad chacarera en las grietas del paisaje sojero*. Buenos Aires:

Imago Mundi.

- MEILLASOUX, Claude. 1999. *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- MENÉNDEZ, Eduardo. 2010. *La parte negada de la cultura*. Rosario: Ediciones Prohistoria.
- PATTERSON, Thomas. 2014. *Karl Marx, Antropólogo*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- WILLIAMS, Raymond. 2009. *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- WILLIS, Paul. 1988. *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de la clase obrera*. Madrid: Editorial Akal.
- WOLF, Eric. 1971. *Los campesinos*. Barcelona: Labor.
- WOLF, Eric. 1999. *Las luchas campesinas del siglo XX*. México: Siglo Veintiuno Editores.

### **Capítulos de libros o partes de libros**

- BOURDIEU, Pierre. 2007. "Comprender". En: P. Bourdieu (Dir). *La Miseria del Mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 527-543.
- ROCKWELL, Elsie. 1986b. "La relevancia de la Etnografía para la transformación de la Escuela". En: *Tercer Seminario Nacional en Investigación en Educación*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior. Serie Memorias de Eventos Científicos Colombianos. pp. 15-29.

### **Artículo en revista**

- EZPELETA, Justa y ROCKWELL, Elsie. 1983. "Escuela y clases subalternas". *Cuadernos Políticos*, (37): 77-80.
- NUN, José. 1986. "Gramsci y el sentido común". *Punto de Vista*, (27).
- ROCKWELL, Elise. 1986a. *Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)*. Documento DIE. Departamento de Investigaciones Educativas, Centro de Investigaciones y Estudios avanzados del IPN.

### **Artículos en línea**

- IÑIGO CARRERA, Nicolás. 1997. *Las nuevas condiciones en la disposición de fuerzas objetiva: la situación del proletariado*. <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT5.pdf>